



La humanidad frente a su holocausto

Capital, ganancia, crisis, socialdemocracia, trabajo, socialismo

El Capital es una relación social que conlleva la expropiación del hacer, del trabajo y de la vida de otros a partir de la apropiación de los medios de producción sociales. Es la expropiación y el sometimiento del *trabajo vivo*, esto es, de los seres humanos. Esto tiene lugar a través de una *relación de clase* o de explotación.

El Capital, además de ser una relación social, presenta una encarnación que le da carácter de sujeto: la de quienes expropián y actúan para reproducir o ampliar esa relación, asumiendo además la responsabilidad de la acumulación capitalista como *Sistema*.

El Trabajo lo personifica la parte humana que es expropiada de su hacer para sí misma, tanto a través de la explotación directa como en general de su pérdida de autonomía, resultando alienada de sus propias condiciones de vida. La dinámica general del *Sistema* no responde a sus intereses ni está orientada por ella, aunque ocasionalmente o relativamente, unas u otras partes de la población aquí comprendida puedan beneficiarse en algunos aspectos. [Cuando los usemos con mayúsculas estaremos haciendo referencia al Capital y al Trabajo como sujetos históricos].

La productividad del Trabajo es la producción que es capaz de realizar en una unidad fija de tiempo.

El que esa producción sea mayor depende de la incorporación de tecnología o de la mecanización que esté a disposición del Trabajo, así como de la capacidad de éste para utilizarla (cualificación).

La productividad del capital está en función de su capacidad bruta productiva en virtud de la inversión hecha en tecnología o mecanización de los procesos productivos en los que interviene (la “productividad” del capital no existe aparte del trabajo humano, con ella, en realidad, se quiere expresar su *rentabilidad*).

El factor humano (esto es, el Trabajo) es el único capaz de generar plusvalía. La plusvalía es el valor de más (el “plus” valor) que los seres humanos crean con su trabajo sobre las materias primas o sobre otros productos ya producidos anteriormente (de manera que tras ese trabajo unas y otros valen más en el mercado).

Sin embargo, tal “valor de más” (plusvalía) no está destinado a los seres humanos que lo producen sino a quienes les compran su trabajo (en realidad su “fuerza de trabajo”: su capacidad física e intelectual efectiva de trabajar) a cambio de un salario. Estos son los capitalistas (el Capital), que llegaron a serlo en virtud de su apropiación privada de los medios de producción (medios de vida) con los que cuenta una sociedad. [Al resto de los seres humanos que fueron desposeídos de esos medios para poder vivir por sí mismos no les queda más remedio que trabajar “voluntariamente” para aquellos que acapararon los medios de vida (fenómeno absolutamente original en la historia de la Humanidad que inaugura el capitalismo: hacer que el trabajar para otros aparezca como un fenómeno voluntario y deseado, ocultando así el proceso de desposesión histórica previo que obliga a que esto sea así. Por tanto este nuevo Sistema se antoja no coaccionador, sino de “libre” contrato entre Capital y Trabajo, entre comprador y vendedor de fuerza de trabajo. Una vital conclusión que

se infiere de todo ello es que en el capitalismo la *fuerza de trabajo* (esto es, el ser humano) se convierte en una mercancía más (que se compra y se vende en un *mercado*: el laboral].

Por eso con el salario nunca se paga lo que realmente trabajan los seres humanos asalariados (el *valor* que generan). Si se pagara, quienes compran su fuerza de trabajo no ganarían nada. La *plusvalía*, pues, no es sino el “plusvalor” que se apropia el Capital, que no es pagado en su totalidad a la fuerza de trabajo que éste ha comprado¹. Ese plusvalor del que se apropia el Capital lo materializa (ganancia) cuando vende el nuevo producto generado (o lo hace intervenir en la producción de otros productos que serán más tarde vendidos), obteniendo así el *beneficio* (expresión de la ganancia). El beneficio aparece, de esta forma, mistificado, como resultado de una

¹ El *valor de la fuerza de trabajo* está determinado como el de cualquier mercancía: por el trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada e independiente materializado en ella. Esto es, por el valor de las mercancías necesarias para la producción de la fuerza de trabajo con las aptitudes productivas materiales y mentales con que la requiere el capital total de la sociedad en determinado momento. El ciclo de la producción social capitalista no termina en el proceso de consumo individual del trabajador/a, sino en el proceso de consumo productivo de su fuerza de trabajo. Por eso, después de que el trabajador/a ha consumido individualmente de manera privada para reproducir su fuerza de trabajo, el trabajo privado gastado para producir sus medios de vida y que ahora está materializado en su fuerza de trabajo debe ser reconocido nuevamente como trabajo social (esto se hace a través de su definición como el *valor de su fuerza de trabajo*).

Como el trabajo realizado al interior del hogar por la familia del trabajador/a es un trabajo social asignado de manera directa a través de las relaciones de dependencia personal familiar, y no un trabajo privado, no integra el valor de la fuerza de trabajo. En cambio, el valor de las mercancías consumidas por quien realiza el trabajo en el hogar para reproducir la fuerza de trabajo del obrero sí forma parte del valor de ésta. También forma parte el valor de las mercancías que consumen los hijos del trabajador/a para desarrollar su propia fuerza de trabajo hasta convertirse en vendedores de fuerza de trabajo.

La compraventa de la fuerza de trabajo por debajo de su valor

La producción de plusvalía relativa mediante el desarrollo de la maquinaria genera necesariamente una masa de población sobrante para las necesidades del Capital. Cuando esta población sobrante crece lo suficiente como para estancarse en esta situación, sobrevive vendiendo su fuerza de trabajo normalmente por debajo de su valor. Esto quiere decir que, a la larga, no puede reproducirla. Cosa que puede notarse en la misma generación de los obreros adultos, pero que resalta brutalmente en el insuficiente o nulo desarrollo de la fuerza de trabajo de las nuevas generaciones. Cuando una población trabajadora se consolida como sobrante, ya no logra vender su fuerza de trabajo a ningún precio y entra en un proceso de violenta pauperización.

El caso argentino (2003) [tras el proceso de desposesión masivo de la sociedad argentina]

Hasta qué grado la población obrera argentina ha sido determinada como sobrante por el Capital se refleja en la siguiente síntesis (tomada en números redondos, pero que se aproximan al grado de desocupación real no registrado por la estadística oficial por los criterios de cómputo): 25% de la población económicamente activa se encuentra consolidada en su condición de sobrante y no consigue vender su fuerza de trabajo a ningún precio (desocupados); 25% de la población económicamente activa no consigue vender su fuerza de trabajo por lo que se considera una jornada normal -40 horas semanales- (subocupados); el 50% restante vende su fuerza de trabajo a un salario promedio que se encuentra sustancialmente por debajo del valor de su fuerza de trabajo, lo cual muestra que pertenece a la población trabajadora sobrante estancada. *Por lo tanto, en términos gruesos, puede decirse que el capital ha determinado a la masa de la población trabajadora argentina como sobrante.* [Juan Íñigo: *Argentina: la venta masiva de la fuerza de trabajo por debajo de su valor*. Trabajo facilitado por el autor.].

El valor de la fuerza de trabajo está hoy mundializado, por lo que debe relacionarse con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que será el que caracteriza al sistema productivo mundial tomado en su conjunto y regido en función de lo alcanzado en las sociedades centrales, y no en los diferentes sistemas productivos estatales. Es por tanto la determinación monopolística del precio de la fuerza de trabajo desde las sociedades centrales, la que hace que a igual productividad la fuerza de trabajo de las sociedades periféricas valga menos que las centrales (y en general, valga más o menos en unos lugares que en otros). Este es uno de los factores coadyuvantes de la emigración laboral de las periferias a los centros del Sistema, en busca de un mejor valor como fuerza de trabajo [por ejemplo, hasta hoy el salario mínimo

compra-venta y no como conclusión de una explotación (aprovechamiento del trabajo ajeno para extraer ganancia). La *mistificación* es una fuente permanente de alienación del Trabajo, al dificultarle entender dónde reside el *quid* de la relación social que está en la base del Sistema en el que vive, por lo que no percibe su condición de mercancía.

Pero el Capital es capaz, y así lo ha mostrado históricamente, de aumentar los niveles de vida (o simplificando, el poder adquisitivo) del Trabajo mediante la elevación general de la productividad y de la riqueza total generada en una sociedad. La única condición es que obtenga más ganancia que el Trabajo con cada aumento de la producción (en realidad, de la productividad): esta es la *plusvalía relativa*, e implica una participación cada vez menor de los salarios en el total del ingreso nacional.

Sin embargo, para el Capital hay un problema vital en toda esta relación, del que nunca puede escapar y que marca su carácter intrínsecamente contradictorio.

Por una parte, como se ha dicho, el Capital está obligado a producir de forma continua plusvalía relativa. Pero su ganancia, en términos absolutos, depende de dos factores: 1/ de la plusvalía que se apropia a costa de la fuerza de trabajo que compra, y 2/ de la composición en valor del capital (CVC), esto es, de los gastos de inversión y de producción [los *medios de producción* de los que se dispone y que son gastados], dentro de los cuales contamos los insumos y materias primas consumidos en dicha producción (“capital circulante”) más la inversión en tecnología o mecanización que se haya hecho (composición técnica del capital -CTC- o “capital fijo”), y los gastos en salarios (“capital variable”). Este último factor (el de la CVC) resta al primero (el de la plusvalía), de manera que la fórmula, simplificada, sería:

$$g \text{ (ganancia)} = p \text{ (plusvalía)} / \text{CVC}$$

Donde CVC (composición en valor del capital) es el cociente entre *capital constante* [= capital circulante (materias fungibles en el proceso productivo) + capital fijo (tecnología e instalaciones)] y *variable* (salarios de la fuerza de trabajo).

A esto hay que añadir que cuanto más invierte el Capital en tecnología más productividad puede conseguir, pero menos plusvalía proporcional (ya que ésta sólo se extrae de los seres humanos). Por tanto, con la sustitución de seres humanos por máquinas, o lo que es lo mismo, al aumentar la proporción de “capital fijo” (máquinas) sobre el “capital variable” (asalariados), y en igualdad de condiciones de explotación, va disminuyendo la tasa de ganancia del Capital.

Por eso mismo, y como puede deducirse fácilmente, el Capital puede contrarrestar este “inconveniente” aumentando la explotación de su fuerza de trabajo [pagándola cada vez una parte menor del valor que ella genera (con el límite físico de la inanición por debajo del cual se queda sin fuerza de trabajo)], o/y abaratando el otro conjunto de costos de producción (materias primas, insumos, medios de producción, etc.), cosa esta última, sin embargo, que no suele estar fácilmente a su alcance, al menos de manera prolongada en el tiempo.

El hecho contradictorio básico de la dinámica capitalista es que llega un momento en que el aumento de la acumulación (logro de más productividad a través del aumento de CTC y obtención de más beneficio) no es compatible con el de la tasa de ganancia (pues la productividad implica

de la fuerza de trabajo boliviana (ubicada en la banda media-baja mundial) son unos 70 dólares mensuales. Es fácilmente inferible de este dato la nula ‘libertad de movimientos’ que la absoluta mayor parte de la población del mundo tiene en la actualidad, y el porqué de las condiciones en las que ha de emigrar]. Todo teniendo en cuenta que *la mundialización del valor es inseparable de la consecución de una fuerza de trabajo mundial única*.

inversión tecnológica que, recordemos, resta en la fórmula de la ganancia). Tampoco la plusvalía aumenta proporcionalmente a la explotación de la fuerza de trabajo, sino de forma decreciente. Lo explicamos a través del ejemplo (cuadro A):

Cuanto más aumenta la productividad se hace menor la jornada de trabajo necesario, con lo que los seres humanos en las sociedades de capitalismo avanzado tendrían que trabajar cada vez menos horas. Sin embargo, hace ya casi un siglo que en estas sociedades no se consigue una reducción del tiempo de trabajo, instaurado oficialmente en las 8 horas diarias, porque lo que se ha hecho según desciende el tiempo de trabajo necesario con la productividad, es aumentar la jornada de trabajo excedente, es decir, aquella que la fuerza de trabajo realiza sólo para la plusvalía del empresariado. Sin embargo esa vía también tiene sus límites.

Para empezar, cuanto más aumenta la productividad menos aumenta proporcionalmente la plusvalía. Veamos:

1. Supongamos una jornada laboral de 10 horas, con una tasa de plusvalía de 100%. Eso significa que la jornada laboral se descompone en:

5 horas de trabajo necesario (para el salario)
5 horas de trabajo excedente (para la plusvalía)

$$1/2 + 1/2 = 2/2 = 100\%$$

2. Si la productividad se duplica, implica que ya sólo hace falta la mitad de trabajo necesario, de manera que mantener la misma jornada laboral significa:

1/4 de jornada para el trabajo necesario
3/4 de jornada para el trabajo excedente

Sin embargo la plusvalía no aumenta en la misma proporción, pues:
de $\frac{1}{2}$ a $\frac{3}{4}$ se avanza de 0,50 a $0,75 = 0,25$ Es decir, la plusvalía sólo ha aumentado $\frac{1}{4}$ (= 0,25)

3. Si ahora volviese a duplicar la productividad, todavía aumentaría menos la plusvalía. Tendríamos:

1/8 de jornada para el trabajo necesario
7/8 de jornada para trabajo excedente

La plusvalía pasa de $\frac{3}{4}$ ó $\frac{6}{8}$ (= 0,75) a $\frac{7}{8}$ (= 0,87)

Es decir, de 0,75 se obtiene ahora 0,87. Lo que es igual a 0,12 de aumento de plusvalía.

Significa que cada vez es menor el aumento de plusvalía que se consigue con el aumento de la productividad. Con el agravante de que cuanto mayor sea la plusvalía ya capitalizada (apropiada por el capital), es menor el tiempo de trabajo necesario que queda por apropiarse como trabajo excedente. [De hecho, la mayor parte de la jornada de trabajo se realiza ya en exclusividad como trabajo excedente, es decir, para la plusvalía capitalista (dado el enorme desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado, el trabajo necesario en la mayoría de las sociedades de capitalismo avanzado podría ser en torno a 1/9 partes del que realmente se hace; hoy, sin embargo, en aras de la acumulación de capital, el tiempo de trabajo real que realiza un trabajador medio ha aumentado -por encima de las 8 horas-)].

Es por eso también por lo que la tasa de acumulación tiende históricamente a ser más alta que la tasa de plusvalía (cuestión ligada asimismo a la *sobreproducción*, que enseguida veremos). O dicho de otra forma, cada vez se necesita más capital constante para generar valor en escala decreciente del cada vez menor tiempo de trabajo necesario que va quedando.

Por consiguiente, si el proceso de acumulación se quiere llevar al límite --como es la tendencia de cada unidad de capital, por definición--, hasta el propio beneficio (fuente de la acumulación misma) se convierte en obstáculo para la acumulación, de forma que el capitalista pretende acumular a un ritmo superior al de los beneficios. Cuando esto ocurre, y el capital crece aun más deprisa que el beneficio, el capital está en su apogeo, la acumulación en su etapa más saludable, y, al mismo tiempo, la ganancia está descendiendo necesariamente.

Fuente: GPM, *Fuerzas productivas y tasa de ganancia*, en http://www.nodo50.org/gpm/1ff_pp_tasa_ganancia.htm
Diego Guerrero. *Diez reflexiones polémicas sobre la crisis económica y financiera*. www.pc1406.cps.ucm.es

En las ondas ascendentes de acumulación del Sistema estos procesos se contrarrestan por un tiempo, mediante el desarrollo acelerado de las *fuerzas productivas* (esto es, con el incremento de los medios de producción, más la elevación de la cualificación, oportunidades y demandas de vida de los seres humanos), que permite seguir manteniendo la plusvalía por encima de los costos de producción, y además, gracias al incremento general del poder adquisitivo y de los niveles de vida, vender más fácilmente y en más cantidad los productos para transformar continuamente aquella plusvalía en beneficio.

En esas circunstancias, el Capital es más proclive a aceptar incrementar la distribución de la ganancia en forma de salarios directos e indirectos, por lo que las reivindicaciones del Trabajo encuentran un territorio menos hostil, que no fácil. Hecho que hace incrementar, por su parte, la conciencia reformista del Trabajo, o la creencia en la negociación y, en general, en las vías institucionales para ir obteniendo mejoras continuas, de manera que la elevación de la calidad de vida compense, para muchos, los esfuerzos laborales (los cuales incluso pueden verse también rebajados debido al ascenso de la productividad). En estos momentos históricos el capitalismo parece un sistema beneficioso de suma 1 ó positiva: todos ganan con él (aunque sea en desigual proporción).

Las crisis estructurales acontecen, sin embargo, cuando no puede alargarse por más tiempo ese proceso, a causa del propio éxito de la fase anterior: el Capital es capaz de producir tanto que la demanda (la capacidad de compra de la población) no puede seguirle el ritmo, con lo cual adviene la *sobreproducción*. Se dice que hay una “sobreproducción de mercancías” porque no pueden ser vendidas. Por eso se acompaña también de una “sobreproducción de capital” (se genera mucho más del que puede ser reinvertido en reproducir más capital –esto es, en más bienes de equipo y, en general, medios de producción-). Esto quiere decir que la plusvalía que se genera en la producción (mediante el trabajo no pagado a la fuerza de trabajo), no puede valorizarse o realizarse en forma de beneficio mediante la venta (en la esfera de la circulación de mercancías). *Aquí radica la clave de las crisis estructurales*.

Éstas suceden no tanto porque descienda la tasa de ganancia (lo cual podría ser manejable: se trataría sólo de ganar menos), sino porque llega un momento en que la masa total de ganancia es afectada (es decir, se deja de ganar).

En esa situación al Capital se le estrechan las salidas. No puede invertir en más producción a no ser que elimine una gran masa de capital (el menos productivo, que es apartado de la competencia), generando un constante proceso de concentración de capital, cada vez en menos manos (el cual se ha expresado a través de la monopolización primero y después de la oligopolización: unas pocas empresas van controlando más y más ramas de la economía). Pero este proceso no está exento de fuertes rivalidades intercapitalistas que a menudo están vinculadas a guerras comerciales y también militares.

Al ser un Sistema basado en el interés privado expresado fundamentalmente en la *ganancia* a costa de los demás (obtener siempre más que aquellos a quienes se explota y ganar más que la competencia), el Capital-ismo no busca producir para satisfacer necesidades humanas, sino sólo en la medida en que puede vender (es decir, ofrecer a quienes pueden comprar para convertir así la plusvalía en beneficio, que es la fuente de su ganancia). Por eso en estas circunstancias no duda en

frenar su capacidad productiva, que hoy es enormemente mayor de la que despliega (capaz de satisfacer con creces las necesidades de toda la Humanidad), porque no la puede transformar en beneficio.

Por eso se dice que hoy el capitalismo ya no supone una fuerza progresista para la Humanidad, en el sentido del desarrollo de las fuerzas productivas (de la generación de riqueza material e inmaterial) por lo que debería dar paso a otro sistema-civilización capaz de expandir *toda* esa potencialidad productiva inmaterial y desarrollar al máximo la capacidad distributiva de la riqueza material para que sea suficiente para el conjunto de la Humanidad. Volveremos al final sobre ello. Vemos ahora las salidas que ha emprendido el Capital ante sus crisis de tamaño exponencial:

I. En vez de seguir desarrollando las fuerzas productivas, la principal salida que ha buscado históricamente el Capital en estas coyunturas de crisis es “huir” hacia las finanzas (abriendo sucesivas fases de “financiarización” de la economía); es decir, hacer que el capital “excedente” que no puede seguir empleándose en la producción, se destine a la especulación, de manera que unos capitales se quiten a otros el dinero a través de “apuestas” en acciones, bonos, etc., sin que toda esa masa de capital que se mueve genere riqueza colectiva alguna (sólo cambia de manos la ya existente).

II. La huida hacia las finanzas se complementa con la “exportación” de otra parte del *capital excedente* hacia las periferias del Sistema (el llamado “Tercer Mundo”) donde no se ha dado todavía el proceso de sobreproducción (las fuerzas productivas están mucho menos desarrolladas), de manera que allí sí puede rentabilizarse, contando además con muchos menores costos de producción [esto recibe el nombre de *desplazamiento espacial* del capital excedente²]. Aquel capital se exporta bien en forma de inversión directa (repatriándose casi todas las ganancias), bien en forma de préstamos que aseguran el cobro de intereses a futuro (así como de intereses de intereses, etc.). La llamada “cooperación para el desarrollo” ha sido vía e instrumento tradicional para coadyuvar a ambos procesos, con hiriente insistencia en el segundo, generando enormes cantidades de deuda reembolsable desde las periferias a los centros del Sistema (“Primer Mundo”). A mediados de los años 90 aquellas primeras ya pagaban a las segundas en torno a 200.000 millones de dólares al año sólo como pago de intereses de la deuda (a la que en buena parte había contribuido la llamada “ayuda al desarrollo”).

El control de las finanzas internacionales por parte de las sociedades centrales permite, por otra parte, utilizar el dinero de los demás para paliar en parte la propia incapacidad de acumulación, y posibilita seguir comprando el mundo sin inversión previa (lo cual no ayuda, sin embargo, a su capacidad de mejorar la rentabilidad del capital como “productor” de más capital).

Efectivamente, la financiarización es una forma de recaudar dinero aprovechándose de la plusvalía que han generado los demás, o lo que es lo mismo, de convertir a la representación del valor de las cosas [el dinero] en valor en sí mismo, en virtud de un complejo entramado de creencias sobre creencias de que alguien respaldará el dinero-papel o dinero-moneda con algún equivalente de valor material. Veamos, para obtener dinero las empresas emiten pasivos o acciones [*dinero financiero*]

² La posibilidad del *desplazamiento temporal* del capital excedente también es siempre recurrida, por supuesto, y consiste en que los flujos de capital se alejen del terreno de la producción y el consumo inmediatos (circuito primario de la economía), para invertir en infraestructura productiva a ser rentabilizada en un futuro más o menos lejano (circuito secundario de la economía: instalaciones, capacidad de generación de nueva energía, nuevas vías para el traslado de mercancías y fuerza de trabajo, etc.), o bien en gasto social que favorezca la investigación y el desarrollo y, en general, la cualificación de la fuerza de trabajo en el porvenir (circuito terciario de la economía). No obstante, la inmediatez y cortoplacismo del “interés” de los diferentes capitalistas, nunca les permitió terminar de apostar abiertamente por este desplazamiento temporal de la ganancia, por lo que tuvieron que recibir el “empujón” de la *lucha de clase* que posibilitó que el Estado (como “capital colectivo”) asumiera esas tareas con muy diferente entusiasmo en unas y otras sociedades. Hoy, dados los crecientes problemas de rentabilidad y la escasa dimensión de esta lucha en tantos lugares, el Capital se inclina en proporción decreciente por esta salida (enflaqueciendo las posibilidades del Estado en este sentido).

en la participación de la riqueza que se supone que han generado previamente. La emisión sin control de aquéllos, propia de esta fase capitalista, hace que en realidad no correspondan a la riqueza real con la que una empresa puede responder, por lo que si todo el mundo exigiese la recuperación de los mismos las empresas quebrarían. [Es lo mismo que les pasa a los Bancos con el dinero de los demás (que utilizan, entre otras cosas, para prestar a otros o invertir en pasivos de las empresas, etc.). Si todo el mundo exigiese todo su dinero depositado, o el equivalente en riqueza del mismo, cualquier Banco no tendría cómo responder: en realidad todo funciona en base a creencias o confianzas de que nuestro dinero está realmente ahí, cuando en realidad ‘vuela’ materialmente del Banco en cuanto que lo depositamos. Cuando se pierde la confianza o la creencia en alguna entidad financiera o bancaria, sobreviene el ‘pánico’ de los inversores o ahorristas: todo el mundo quiere retirar su dinero al tiempo, y el negocio montado sobre una irrealidad se hunde. También, paradójicamente, incluso cuando una entidad financiera ha tenido mucho ‘éxito’ y ha dado réditos importantes puede ‘activar’ involuntariamente la señal de que es bueno recoger ahora las ganancias, con lo que estimula que se retiren los inversores mejor informados, que suelen ser los que más masa dineraria tienen depositada, provocando efecto de arrastre en los medianos y después en los pequeños inversores, que como siempre son los que más posibilidades tienen de perderlo todo, pues cuando quieren reaccionar tiende a ser demasiado tarde y ya se ha producido la suspensión de pagos de la entidad. Este complejo entramado de creencias irreales y de intereses privados de afán de lucro rápido cuenta con una creciente complicidad popular (una buena parte de los trabajadores llegan a creerse que es factible para todos obtener 1 euro a cambio de 20 céntimos), posible gracias a la construcción histórica del *individuo posesivo*, en el que el ansia de ganancia rápida, la posesión de objetos y la satisfacción a través del consumo incesante e instantáneo de mercancías llega al paroxismo (de todas formas, y por si esto fallara, Gobiernos y cúpulas sindicales vienen pactando la entrada en Bolsa *obligada* de pensiones y otros activos de la fuerza de trabajo), con lo que la “pluvalía financiera” se nutre también crecientemente de la parte no consumida de los salarios. Esta es la base del Sistema más irrealista que haya existido (especialmente cuando atraviesa sus fases de financiarización). En contra del “sentido común” que destila para ser asumido por los ciudadanos de forma natural, aceptar este orden de cosas es ser “irrealista” (en un medio social que fluye hacia el abismo, nadar contracorriente es la única opción razonable)].

[De igual forma], cuando las grandes empresas emiten aquellos pasivos pretenden que éstos no sean exigibles (es decir, que todo el mundo va a confiar en su solvencia), y por tanto los utilizan a menudo para comprar otras empresas menores o activos de las mismas que se supone que se van a revalorizar [buena parte de la actual absorción (o “adquisición” de la riqueza) de unas empresas por otras se realiza en realidad sin que se efectúen pagos en metálico]. Es por eso que cada vez más la ganancia de las grandes corporaciones empresariales se obtiene no tanto a través de la producción de valor o, valga decir, de riqueza, sino de la adquisición de la que ya estaba generada (ampliando crecientemente la concentración cada vez en menos manos de la misma)³. O sea que las actividades

³ Así por ejemplo, como consecuencia de su ubicación en la zona euro, la atracción de capitales ejercida por los Bancos y por la venta o canje de títulos en los mercados financieros ha sido la principal fuente de enriquecimiento de la economía española, capaz de compensar sus enormes déficits comercial y por cuenta corriente.

La creación de ‘dinero financiero’ por las empresas españolas –en forma de acciones emitidas– llegó a suponer el 6% del PIB en 2000, superando ampliamente la creación de ‘dinero papel’ y ‘dinero bancario’. Se trata de pasivos no exigibles, en cuanto que en la práctica no van a necesitar ser devueltos. Y esto es así porque los países “desarrollados” pueden emitir pasivos que son comprados de buen grado por el resto del mundo como depósito de valor o como inversión segura, y que a la postre no se van a exigir (ni suponen hacerse con el control de las entidades que los emiten). Mientras que como los países “subdesarrollados” no pueden hacer lo mismo, deben recurrir a préstamos o a pasivos sí exigibles, o bien recibir inversiones que tienen como contrapartida la propiedad o control de sus propias empresas, recursos o actividades.

Es con el ahorro del resto del mundo, pues, con el que la economía española (como buena parte de las sociedades centrales) ha podido erigirse en compradora de la riqueza de los demás (de aquellos mismos que la dan dinero para que se apropie de su riqueza). Esto es fruto de su “modelo de desarrollo” parasitario, que por otra parte la hace una economía crecientemente vulnerable a los avatares financieros y bursátiles, y con escasa soberanía productiva, sea industrial o alimentaria.

ligadas a la producción pierden peso a favor de las especulativas, generando dos tipos de empresas capitalistas:

1/ las que tienen capacidad de crear dinero financiero [quitando con ello a los Bancos la exclusividad en la intermediación financiera, razón por la que éstos han de depender crecientemente del crédito para su ganancia];

2/ las que tienen que conseguir su ganancia-dinero mediante la producción y venta de bienes y servicios.

III. Gracias al actual papel del Estado, a escala interna, y de las instituciones de gobierno mundial (OMC, FMI, Banco Mundial...), al nivel global, la enorme y creciente masa de capital excedente se emplea también en la compra de bienes y servicios que antes eran públicos o estatales y que pasan a convertirse en mercancías para la ganancia privada, tanto en los países centrales (o “enriquecidos”) como periféricos (o “empobrecidos”): recursos energéticos y naturales básicos (agua, gas, combustibles fósiles, redes eléctricas, bosques, tierras, etc.), redes telefónicas, de correos, de transporte, sistemas educativos, de salud, etc., etc. Tal dinámica constituye uno de los puntales del presente proceso, planetario y brutal, de desposesión de seres humanos y sociedades, que se asemeja a la “acumulación primitiva de capital” (en los orígenes del capitalismo)⁴. Aquella es complementada con la provocación de crisis financieras parciales en determinados sectores (por ejemplo, aeronáutica, industria pesada, etc...) o en unos u otros territorios (sureste asiático, Rusia, México, Argentina...), provocando la devaluación o sobrevaluación de numerosos activos locales, que luego son comprados a precio de saldo por el capital excedente central.

IV. Pero todavía hay una ‘salida’ para la crisis, que se va haciendo más y más necesaria para el Capital, y que es complementaria a las que acabamos de describir. Consiste en emprender una ofensiva general contra el Trabajo y sus conquistas, pues ahora el Capital (dado que tiene que renunciar a gran parte de la productividad tanto como a seguir fortaleciendo su composición técnica –CTC-) debe basarse casi en exclusividad en la primera parte de la ecuación de la ganancia para continuar “creciendo” (ver fórmula en azul más arriba); esto es, está forzado a incrementar exponencialmente la plusvalía, valga decir, a aumentar la (sobre)explotación de la fuerza de trabajo.

Todo ese *capital excedente* que no se convierte en capital productivo, se invierte en Bolsa o en las cada vez más diversas modalidades de interés bancario.

Sirve también para la inversión en la industria del ocio-espectáculo (ferias, parques temáticos, grandes edificios emblema que exhiben la ‘riqueza’ del capital excedente, acogimiento de muestras y exposiciones internacionales, etc.), con el sobredimensionamiento de actividades como el fútbol [que ha hecho de España el principal inversor-especulador en ‘fuerza de trabajo futbolística’ y todos los negocios que le son anejos (su ‘importancia’ económico-política viene testimoniada por ser la noticia que más tiempo ocupa en los telediarios, frente a cualquier otra)], etc.

Sin embargo, con la crisis bursátil de finales de siglo XX (que explicamos más adelante) y las bajadas de los tipos de interés bancario, el *capital excedente* ya no se pudo seguir refugiando en la Bolsa o en la Banca. Hubo que buscar un nuevo campo en el que depositar toda esa liquidez: la inversión–especulación inmobiliaria. Lo cual atrajo todavía más capitales especulativos del exterior.

Sus posibilidades de revalorización, no obstante, estaban condenadas a ser efímeras, como veremos al final de estas líneas.

⁴ Este gigantesco mecanismo de apropiación de riqueza social ya generada, ha tenido una de sus máximas expresiones en la compra a saldo de la riqueza material y social que tenían los países del Segundo Mundo (el Este europeo). Como es consustancial a este capital de rapiña, se ha mostrado incapaz o desinteresado de regenerar la maquinaria productiva de esos países, que (con la lógica excepción de Alemania oriental) sufrieron con su cambio de sistema un proceso de “tercermundización” o de drásticas caídas en los parámetros productivos, sociales y de vida. Por su parte, el capital productivo se muestra claramente insuficiente para integrar a esos países al capitalismo europeo desarrollado, por lo que en vez de una “integración” europea lo que se está dando en realidad es un proceso de colonización parasitaria de tales países del Este por los del Oeste (aunque las clases dirigentes del Este aspiran a aprovechar la integración en el euro para hacerse también atractoras de los capitales del mundo).

Por su parte, el capital excedente de las principales economías productivas del mundo, como la China, también viene adquiriendo riqueza de las sociedades periféricas y compra cada vez más de las centrales.

[Esto no es un capricho, ni radica en la “maldad” de algunos, y por tanto, no se trata tampoco de apelar a las buenas intenciones ni al “diálogo” para volver a un capitalismo “racional” o “humano” (el que a menudo se añora vinculado a la última fase de expansión), como desde tantos ámbitos filosófico-ideológicos se pretende (es más bien, como se ha apuntado, un proceso cada vez más “necesario” para el Capital). De igual manera, en contra de lo que continuamente reiteran los infinitos ideólogos del Capital, tampoco sus crisis sistémicas son por causa de una mayor distribución de la riqueza -o dicho de otra forma, por su menor obtención de plusvalía a costa de los salarios (los cuales, no lo olvidemos, son siempre un factor dependiente)-, sino debido a la contradicción inherente a su imposibilidad de mantener su tasa de ganancia en la producción, como hemos visto (Cuadro A)].

De esta forma, según la crisis se hace más grave y profunda el Capital debe dismantelar los grandes dispositivos anticrisis que se habían ido construyendo en los últimos 50 años (el Estado Social, la negociación colectiva, Estatuto de los Trabajadores, derechos sociolaborales, etc...). A esa ofensiva actual del Capital contra el Trabajo se la conoce como *neoliberalismo*, y se desenvuelve vinculada a la transnacionalización del Capital o *globalización*, que no es sino su máxima expresión histórica de disciplinamiento de la fuerza de trabajo (reduciendo al mínimo sus conquistas y resistencias) y de desposesión de seres humanos y sociedades a escala planetaria. Como acaba de decirse, no se trata de una opción casual, malintencionada, sino de una expresión socioeconómica y política del Sistema que viene forzada por su propia lógica y contradicción y que en adelante asume el Capital para recuperar la tasa de ganancia a través de la mayor extracción de plusvalía, sea de forma absoluta (haciendo trabajar más horas y poniendo a más seres humanos a trabajar en todo el mundo) y/o relativa (disminuyendo la parte proporcional del Trabajo en el valor total generado en una sociedad, es decir, haciendo menguar los salarios reales, y con ellos el poder adquisitivo general de la población). Implica, por tanto, mayor pauperización relativa de una parte de la fuerza de trabajo y pauperización absoluta de la mayor parte de la fuerza de trabajo mundial; lo que de paso establece un ciclo vicioso: a menos capacidad de compra de la población más se agrava la crisis de sobreproducción; proceso que se ha logrado suavizar o aplazar hasta ahora a través del crédito. Pero sus límites son también evidentes ante el incremento de los riesgos de morosidad y la creciente incapacidad de pagar en diferido (el crédito sólo sirve como contenedor transitorio de las crisis, siempre que éstas no duren en exceso, como es el caso).

Y aquí, como colofón, es donde se evidencian también los límites de las opciones reformistas en general y de la socialdemocracia en particular.

Además, su contradicción principal se ha mantenido constante a lo largo del tiempo: para tener alguna relevancia social, la socialdemocracia necesita que las cosas le vayan bien al Capital, es decir, que éste emprenda una onda larga de acumulación, de manera que sea más fácil conseguir cierta mejor distribución social de la riqueza. Por eso cuando la tasa de ganancia se ve en peligro, tanto la socialdemocracia clásica como más aún la neosocialdemocracia interviene con todos sus medios en favor del Capital, haciendo lo posible para que el Trabajo acepte cualquier tipo de “ajuste”. Del mismo modo, se mantiene atenta a desbaratar los intentos de Éste por superar (“desestabilizar”) las reglas de dominación socioeconómica.

Desde la década de los años 70 del siglo XIX, es decir al poco de nacer como proyección política del Trabajo, la socialdemocracia comienza a vincular su evolución al entramado institucional de la sociedad capitalista, mediante su propia institucionalización (la “socialdemocracia” inglesa es paradigmática de ello.). Esto en principio fue pretendidamente estratégico, teniendo como meta la superación del capitalismo a través del anticipamiento de la construcción del sistema que le superaría: el socialismo. Pronto, sin embargo, la Segunda Internacional daría una variada gama de pruebas de que su propio devenir quedaba ligado de forma subordinada al del mismo Sistema que decía querer trascender.

Efectivamente, en cada ocasión que éste mostraba señales de tambalearse, el cuerpo mayoritario de la socialdemocracia acudió en su ayuda, frenando o simplemente reprimiendo (a veces con la eliminación física –como en los casos de Luxemburg y Liebnich-) los intentos de sobrepasarlo. Sin entrar en detalles sobre su vergonzosa colaboración en la I Guerra Mundial, podemos hacer mención a su claudicación en los momentos críticos por los que atravesó la República de Weimar en Alemania (su desastrosa política de connivencia con el lado más salvaje del Capital terminó con su entrega al nazismo, dejando en la más absoluta desorientación y desprotección a grandes masas de población trabajadora), y su correlato en Austria. También hay que recordar sus alianzas con el Capital contra los partidos comunistas en buena parte de la geografía europea, que tienen una de sus más notorias expresiones en España, mediante su complicidad con la dictadura de Primo de Ribera, en los años 20.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia “clásica” se confinó a sí misma dentro de los límites del keynesianismo a partir del Congreso de Bad Godesberg del SPD alemán, en 1959 (en adelante ya no se contemplaría al sistema capitalista como un orden a superar), y tiene su máxima expresión en la política de la que fue una de sus figuras más emblemáticas, Willy Brandt, quien al finalizar la década de los años 60 declaró que “debía buscarse la desintegración progresiva de la Europa de economía no capitalista”. Más tarde, en 1975, el Ministro para Asuntos Ambientales de Inglaterra, Anthony Crosland, intentó de alguna forma dar una lavada de imagen a una socialdemocracia europea cada vez más comprometida con el proceso de acumulación capitalista y con su geoestrategia imperialista, mediante los que se conocerían como *principios de Crosland* (democracia con justicia, anteposición de la dignidad humana a la rentabilidad económica, equidad entendida como redistribución). Todo ello quedaría, lógicamente, en nada. A partir de la década de los 90’, con la transnacionalización del Capital, la socialdemocracia se hundió un escalón más al plegarse al nuevo orden de cosas impuesto por Aquél bajo el pseudónimo de “neoliberalismo”, convirtiéndose (*neosocialdemocracia*) en el pretendido apéndice “humano” suyo (no tan preocupada ya por la redistribución, sino por la paliación y prevención de ciertas marginalidades, sobre todo las potencialmente disruptivas, y el mantenimiento de ciertos poderes adquisitivos entre las capas medias de la población).

Para no ser menos, los Partidos Comunistas que no habían claudicado mucho antes perdidos en la loca pleitesía estalinista, se desplazaron hacia la derecha intentando ocupar el espacio que dejó vacío la socialdemocracia, renunciando a preparar la transformación socialista en aras de la “real politik”, traducida ahora por intentar preservar ciertas conquistas sociales (el autodenominado “eurocomunismo” fue el gran impulsor de todo ello –pero esto también puede ser aplicado a muchas otras organizaciones políticas antes “radicales”). Sus “frutos” han sido la pérdida constante de apoyo popular y de militancia, acompañadas a menudo de su hundimiento electoral (el oportunismo de medias tintas, ya se sabe, tiene siempre estas consecuencias).

La *globalización* que desata el Capital como ofensiva para dar respuesta a la crisis estructural de larga duración en la que está sumido, es responsable del tremendo *Ajuste Distributivo* que se está dando en el Primer Mundo en favor de Aquél. En España, por ejemplo, la tasa de explotación pasó del 70% en el año 60 –en pleno franquismo-, al 90% en 2001, y la acumulación de capital ha sido constante independientemente de la supraestructura política –tipo de Gobierno capitalista- de cada momento: al acabar los años 70 la participación de los asalariados en el PIB español era de algo más del 55%; en los años 2000, ha bajado a menos del 48%. Y es que el salario real no ha parado de descender desde 1993, con uno y otro Gobierno [baste decir que los ingresos brutos anuales de la fuerza de trabajo española son un 33,5% menos que la media de la UE-15 (a pesar de que en España se trabajan 11 horas más al mes y se tienen 2 días menos de vacaciones anuales pagadas), e incluso un 25% menos que la UE-25, según Eurostat en su informe “*Los ingresos brutos en Europa*”, 2005. En 2004 los costes laborales (remuneraciones salariales) volvieron a crecer por debajo de la

inflación (2,7% y 3,1% respectivamente), descendiendo del 49,3% al 47,7% del PIB en 2004, mientras que la plusvalía empresarial creció dos puntos, hasta el 41,8% del PIB (INE, 19.05.05)]. Tal empobrecimiento de la fuerza de trabajo es sólo compensado con más jornada laboral o con el pluriempleo de muchos de quienes trabajan remuneradamente, o bien con la incorporación al trabajo remunerado de otros miembros familiares, especialmente las mujeres [que enfrentan así una agotadora doble jornada (si las unidades domésticas –los patrimonios familiares- tienen que encargarse de garantizar la supervivencia de la fuerza de trabajo, sobre todo de la más joven, ya que con el salario no basta para ello, el aprovechamiento del trabajo femenino no pagado en el interior de aquéllas se afirma como indispensable)]. Mientras que la enorme concentración de capital se manifiesta en las impúdicas ganancias de las principales entidades bancarias españolas, que superan los 5.000 millones de euros anuales, y hasta los 9.000 en algún caso.

Igualmente el Capital globalizado obliga al *Ajuste Estructural* en el Tercer Mundo para poder seguir extrayendo ganancia del conjunto de la población mundial (a través del incremento de la apropiación de sus recursos y del aumento de la rentabilidad del capital invertido, también mediante la elevación de su carácter parasitario al extraer cada vez más *capital excedente* de las más pujantes de esas propias sociedades, que es depositado en el sistema financiero controlado por las sociedades centrales, para aumentar así el capital de éstas -centralización del capital-).

Los resultados a los que tanto ha ayudado el proceso histórico de desposesión, más el de los recientes Ajustes Distributivos y Estructurales, serían escandalosos si no fuera porque en este Sistema la desigualdad más atroz se naturaliza como parte del aire que se respira y prácticamente nadie le presta mayor atención (al menos mientras no suponga un ‘peligro’). Así, el Instituto Mundial para la Investigación de Desarrollo Económico de la ONU (IMIDE), en su informe de 2006, mide la riqueza como el *valor neto* que los individuos tienen. El valor neto es el resultado del total del valor de activos con el que aquéllos cuentan, menos los pasivos físicos y financieros (digamos que deben). Esto se traduce en la propiedad de capital que tiene cada quien. Pues bien, según el IMIDE, en el año 2000 el 1% de la población adulta del mundo poseía el 40% de los activos globales y el 10% tenía el 85% de éstos, mientras que la mitad de la población adulta mundial sólo contaba con el 1% del total de los activos. El índice de Gini global, que mide la desigualdad (1 es la desigualdad total, 0 es la igualdad total) daba un resultado de 0.89, lo que significa que de cada 10 personas 1 se queda casi con el 99% de la riqueza, y las otras 9 con el 1%. El informe advierte que incluso en las sociedades consideradas “ricas” hay muchas (cada vez más) personas cuyo valor neto es negativo (tienen más pasivos que activos). Lo cual habla de un tipo de pobreza que a menudo (todavía) no es reconocida como tal.

Si el Capital hasta ahora no ha llegado más lejos en esta ofensiva es porque por una parte (al menos en las sociedades centrales) no puede dismantelar todos los mecanismos distributivos y de salario indirecto que acabarían definitivamente con la más mínima solvencia de demanda; pero sobre todo, por la perenne resistencia del Trabajo (la negación de la vida a ser negada) acumulada en forma de logros históricos plasmados en conquistas de derechos, correlaciones de fuerzas y disposiciones institucionales y regulativas de las sociedades. Sólo el Trabajo, con sus luchas, pone freno a la *racionalidad irracional* del Capital, inyectándole dosis de razonabilidad [lo *razonable*, a diferencia de lo *racional*, no sólo mide fines respecto a medios o recursos, sino que también evalúa éstos en función de las consecuencias (–sociales y ambientales- es decir, en relación a lo que hoy llamaríamos algo así como un “ecobienestar”)]. Abandonado a su propia dinámica (sin las luchas sociales que le han dotado de cierta razonabilidad) hace tiempo que el Capital se hubiera devorado a sí mismo y hubiera depredado el hábitat planetario. [Es decir, que puede decirse también que la socialdemocracia (como -enjuto- resultado de las luchas sociales) ha pospuesto la crisis del Capital, permitiéndole una vida más larga].

Pero precisamente otra de las graves consecuencias de la actual drástica ofensiva del Capital es la

reducción de la capacidad de generar razonabilidad alternativa por parte del Trabajo [la eliminación de las opciones alternativas en el Primer Mundo, el fin del Segundo Mundo y la consiguiente pérdida de correlación de fuerzas del Trabajo a escala mundial, que de paso acabó con la mayor parte de los intentos emancipadores del Tercer Mundo, han causado no poca desorientación y desánimo en el Trabajo y sus expresiones organizadas]. En contra de lo que ocurrió en otras fases de crisis estructural (en las que aumentó la conciencia radical del Trabajo), la creación de una *ideosfera* capitalista acentúa la *explotación cualitativa* de la fuerza de trabajo [a diferencia de la explotación cuantitativa, que se mide por la diferencia de valor generado y apropiado, aquélla expresa la colaboración del Trabajo en la reproducción de las condiciones de su propia explotación (y autoexplotación)].

De hecho, esta ofensiva ha llegado tan lejos que el Capital se vio obligado a intentar rectificar cuando, por un lado, llegó a sobrepasar los límites de la estrangulación de las sociedades periféricas (dificultando cada vez más el reparto del botín con las burguesías locales de esas periferias capitalistas). Es por eso que hubo que dar cierta marcha atrás en cuanto a los elementos del llamado “Consenso de Washington” que sentaron las bases del Ajuste Estructural como maquinaria extractora de la riqueza mundial en beneficio de unos pocos centros del actual capitalismo transnacional de guerra. Por otro lado, en esos centros, y muy especialmente en el eje Wall Street-Londres, caen al final de la última década del siglo XX una tras otra las piezas de la denominada “nueva economía”, que supuestamente, al “inmaterializar” los procesos económicos, permitiría un nuevo ciclo de acumulación capitalista. Efectivamente, se había supuesto que las nuevas tecnologías de informática y gestión permitirían reducir las existencias y los costes de las empresas, haciéndolas menos vulnerables a las crisis cíclicas. Tanto es así que las principales empresas no financieras asociadas a esta nueva huída hacia adelante del Capital comenzaron a recibir la confianza de los inversores de todo tipo, en forma de altísimas cotizaciones bursátiles. Tan altas que enseguida el valor de sus acciones superó el patrimonio neto generado por aquéllas (si en 1991 el valor de las acciones de las empresas no financieras representaba el 81% de su patrimonio neto, en 1995 pasó al 114%, y en 1999 al 195%). Con estas premisas no fue de extrañar que en breve los escándalos en la “nueva economía” se sucedieran (empresas como Enron fueron símbolo de este desinflamiento especulativo, con la detención de sus principales gerentes y accionistas).

El Capital necesitaba una ‘salvación’ rápida, y ésta le vino a través del fatídico 11 S. A diferencia de la crisis bursátil del 29, cuya recuperación se dejó al “libre mercado”, Estados Unidos se sirvió de la terrible conmoción del 11-S para poner en marcha unas extraordinarias medidas expansivas en la economía, acompañadas de un despliegue de fuerza militar con muy pocos precedentes. Tales medidas fueron tanto de corte fiscal, con reducciones de impuestos y aumento del gasto público (esto último según la ortodoxia neoliberal era prácticamente un sacrilegio), como de cariz monetario (con sucesivos recortes de los tipos de interés para reflotar la demanda). También se permitió la autocartera de las empresas para animar las cotizaciones bursátiles y el relanzamiento general de la economía una vez más a través del enorme gasto militar (base tradicional del crecimiento de la economía estadounidense). Gasto que no se limitó a contribuir en el ámbito económico a través de la fabricación armamentística, sino que también lo hizo mediante su despliegue efectivo en forma de intervenciones e invasiones encaminadas no sólo a controlar los últimos recursos energéticos, sino a realizar una exhibición mundial de fuerza tendente a hacer recuperar la confianza en el dólar como moneda refugio (amparada por los misiles del ejército USA), frente al euro. Esa exhibición de fuerza se mostró realmente convincente, pues las cotizaciones bursátiles de Estados Unidos subieron como la espuma, hasta el punto que la Reserva Federal se vio obligada a realizar subidas del tipo de interés para controlar la inflación. Subidas que de paso reforzaron la atracción de capitales ejercida por el dólar y de los activos financieros nominados en esa moneda. Todo lo cual evitó la ‘natural’ limpieza de capital no competitivo que se supone que realiza la economía de “libre mercado” capitalista, dejando por una parte un lastre de capital sobrevaluado (no competitivo) sin capacidad de generar más patrimonio, mientras que por otra hizo aumentar de nuevo muy

peligrosamente la liquidez internacional sin respaldo en riqueza real. Montañas de “dinero sobrante” (qué cruel designación) buscaron un nuevo refugio para colocarse: *el negocio inmobiliario*.

Es por eso que el alza de los precios de la vivienda se convirtió en esta primera década del siglo XXI en un fenómeno universal, incrementando la pobreza relativa (y pronto posiblemente la absoluta) de las poblaciones, a las que cada vez les cuesta más años de salario poderse comprar una vivienda. Así hasta que inevitablemente estalle también este “refugio” (ya ha empezado su patente decline, que afecta principalmente al país que más ha abusado del mismo, Estados Unidos, y a los que, como Gran Bretaña y España, se apuntaron entusiasmados a su estela) y el Capital tenga que buscar nuevas y cada vez más breves y riesgosas salidas, y acentuar su componente militar como reacción a su también cada vez más profunda crisis económica-energética, instaurando un tiempo de *guerra permanente* (sin enemigo definido), con la consecuente barbarización social y destrucción que ya fueron predichas hace muchos años por el materialismo dialéctico (cada ciclo destructivo de capital debe ser significativamente mayor que el anterior, en proporción al aumento de riqueza generado en su fase anterior y a la correspondiente capacidad productiva sin posibilidades de ser empleada –para poder empezar así un nuevo ciclo de acumulación sin capital excedente-). De hecho, desde su crisis de los años 70 puede decirse que el capitalismo ha dejado de ser un Sistema de progreso de las fuerzas productivas, desarrollando por contra, cada vez más, las fuerzas destructivas, que superan ya con mucho a las primeras.

Es por todo ello que tanto desde el punto de vista económico como social este Sistema se ha convertido ya en una rémora para la Humanidad. [El “mundo rico” incluido: a partir de 2004 nace ya en los países de la UE “occidental” la primera generación que tendrá peor calidad de vida y menor esperanza de vida que su generación progenitora; en Estados Unidos esa involución se dio en los últimos años del siglo XX].

La superación del mismo y del actual desastroso orden de cosas que ha generado, sólo puede venir de la mano de un sistema socioeconómico que no esté basado en la explotación del ser humano por el ser humano, ni por tanto en la ganancia privada a costa de los demás [antagonismo de clase]. Sólo podría hacerse a través de un sistema en el que la ganancia de cualquiera sea compatible con la del resto, y que posibilite que los individuos en su conjunto perciban que el bien colectivo es requisito para el individual, el cual aumenta con aquél. Esto implica que los seres humanos no estén obligados a trabajar para otros, y no lo estén porque cuenten con sus propios medios de vida (medios de producción), dado que éstos en lugar de estar acaparados por unas pocas personas (clase capitalista), estarán socializados (propiedad de toda la sociedad) o colectivizados en manos de quienes los usan para trabajar.

Precisamente por su eminente carácter social y socializador a ese sistema (más bien, ‘no-sistema’) se le ha llamado hasta ahora *socialismo*. Pero dado que los intentos de transición que se realizaron en el siglo XX desvirtuaron bastantes de los elementos que le dan razón de ser, podría contemplarse el que se le diera cualquier otro nombre lógico con sus principios [se habla hoy, p.e., del “socialismo del siglo XXI”, aunque está lejos de ser definido ni tampoco aceptada mayoritariamente tal designación]. Ese nuevo entramado de relaciones ecosociales, reciba el nombre que reciba, y dada la enorme urgencia ecológica planetaria, deberá aprender a existir con un consumo moderado de recursos materiales, pero a cambio de una elevación general de la satisfacción con la propia vida.

Recordemos que el capitalismo fue el que creó el concepto de “escasez” como cualidad crónica, permanente, de la vida. Al ser un Sistema basado no en la satisfacción de necesidades para las grandes mayorías, sino en la creación de más y más necesidades para las reducidas minorías que en el mundo pueden consumir a discreción, generó con ello la permanente sensación de insatisfacción ligada al consumo (omnipresente por más que se consuma), identificada además con el supuesto

imponderable de la escasez de recursos (los recursos siempre serán escasos para un consumo sin límites, propio de la civilización industrial-capitalista). Tal supuesto no acompañó a la Humanidad en la mayor parte de su historia, como la Antropología no se ha cansado de mostrar, sino que el consumo suficiente con reposición de recursos para poder seguir consumiendo a un semejante nivel en el futuro fue un común denominador de muchos pueblos y culturas. Ese consumo suficiente estaba acompañado, lógicamente, de menor tiempo de trabajo, por lo que el tiempo de vida sin trabajar (dedicado entre otras muchas cosas al solaz) era mucho mayor. Es de ahí de donde debemos aprender para la próxima civilización humana.

Una civilización basada en la menor producción de cosas pero en la mayor duración de estas cosas, requeriría mucho menos tiempo de trabajo (especialmente también, porque ya no habría que realizar un *trabajo excedente*, para la ganancia de otros –ver Cuadro A-) y por tanto la posibilidad de que el tiempo de vida estuviera cada vez más desligado de la esfera de la producción (en contra de lo que ocurre en el capitalismo, donde hay que trabajar cada vez más para tener más pobreza absoluta y relativa cada vez), como, en general, de la realización de ganancias económicas que poco a poco servirían para menos, dado que el acceso a los recursos y a la riqueza estarían en función del trabajo realmente aportado. Un tiempo de vida enriquecido a través de cada vez más incentivos no materiales necesita cada vez menos del consumo (y se ve libre del consumo compulsivo) para la satisfacción.

En un próximo trabajo ahondaremos en todos estos detalles.

Curioso Sistema el capitalista –diría Rose Luxemburg en *La acumulación del capital*–, en el que el “derecho de propiedad” se convierte en apropiación de la propiedad ajena, el “cambio de mercancías” en explotación y la “igualdad” no es sino el dominio de una clase por otra.

Nota bibliográfica

No hay nada original en este escrito, que sólo pretende una finalidad didáctica, facilitando la comprensión de las claves que están en la base de la sociedad capitalista y de aquellas que podrían constituir una civilización alternativa, tratando de aportar sustancia analítica (y, en su caso, de réplica) a las conciencias capaces de impulsarla (es por eso que está destinado a la difusión y no a la edición con fines curriculares). Todos sus planteamientos provienen del materialismo dialéctico, que ha sido históricamente construido por numerosos autores. No cabría aquí citar, por tanto, a todos los que me han servido de base, comenzando por su fundador, Karl Marx. Sí, en cambio, estoy en la obligación de referir aquellos trabajos de los que se tomaron referencias concretas. Además de los ya citados en el texto, como al pie del único Cuadro y en la nota 1, remito para casi todo lo referente al “dinero financiero” y al proceso de adquisición de riqueza ya generada, así como al ejemplo del enriquecimiento español (nota 3) y a las medidas tomadas con el 11-S a partir de la última crisis de valorización capitalista, a:

Jose Manuel Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Siglo XXI. Madrid.

David Harvey es quien más ha trabajado la supremacía del componente de apropiación por desposesión en el capitalismo avanzado actual, en *El nuevo imperialismo*. Akal. Madrid. 2004.

Para las cuestiones teóricas sobre la ganancia y plusvalía, y la explotación del salariado en España:

Maximiliano Nieto. “Tendencias de la rentabilidad y la acumulación en el capitalismo español (1954-2003)”, en *Revista de Economía Institucional*, vol. 8, nº 15. 2006.

Diego Guerrero. *La explotación. Trabajo y capital en España*. www.pc1406.cps.ucm.es. 2004.

Diego Guerrero. *Diez reflexiones polémicas sobre la crisis económica y financiera*. www.pc1406.cps.ucm.es. 2000.

No puedo resistirme a acabar estas referencias con la cita de los tres últimos párrafos de este último artículo del economista de la Universidad Complutense de Madrid, Diego Guerrero:

“Esto quiere decir, que la burbuja crediticia y la especulación financiera no son sino síntomas de que la depresión en el ámbito de la producción de valor aún continúa, de forma que el exceso de capacidad productiva instalada por el capital mundial todavía no ha desaparecido y, por tanto, persiste la raíz del problema en tanto no se destruya dicho exceso (*no el exceso de medios de producción, que es una expresión absurda, sino el de medios de producción absurdamente convertidos en capital*). La expansión crediticia y burbujeante tiene que detenerse y estallar por el mero hecho de ser burbuja, poniendo fin al período transitorio de dislocamiento entre lo que parecen ser dos subsectores de la economía, el capital productivo y el financiero. En realidad, el capital financiero hipertrofiado, tan actual, es sólo consecuencia de la enorme masa de plusvalía que pulula por los mercados financieros y bolsas mundiales sin posibilidad de fijarse en una inversión productiva, debido a que lo que hay en el subsector productivo es un exceso de capacidad.

La única salida posible de esta situación de doble crisis (sobreacumulación de capital productivo; hipertrofia de la burbuja financiera) es la destrucción de capital. La última crisis de sobreacumulación condujo a la 2ª guerra mundial, que, al destruir mano de obra "sobrante" y grandes masas de "capital" físico, puso las bases (terribles, pero bases) de la nueva onda expansiva del capitalismo mundial. De la depresión de los últimos 25/30 años aún no hemos salido. En mi opinión, la salida está cercana y se producirá por un estallido que tendrá consecuencias desastrosas para la situación económica y social de la población mundial. La generación joven actual, añorada y completamente ajena a la realidad de los hechos, en parte porque sus profesores y *maîtres à penser (et à ignorer)*, están igual de infantilizados en lo intelectual, no tiene la menor idea de lo que por desgracia le espera.

Las ilusiones de quienes creen que lo malo de la historia ya pertenece al pasado van a estallar tan estrepitosamente como la economía, y no porque la salida de esta onda depresiva tenga que conducir necesariamente a la 3ª guerra mundial (aunque tampoco lo descarto). Hay otras muchas formas de destruir capital, sin necesidad de tirar bombas (el movimiento de las bolsas puede destruir capital con la misma rapidez que una bomba atómica). Así que id preparando las armas, queridos colegas, porque nos queda mucho por sufrir. Como no me da miedo equivocarme, lo digo aquí. Tras el análisis de la situación, mi pronóstico sólo puede ser que la catástrofe está a la vuelta de la esquina. Pero que nadie se haga ilusiones, porque la bocacalle que hay después de esa esquina puede reconducirnos a más capitalismo. El páramo de reflexión sobre lo que está pasando va a coger tan desprevenidos a casi todos que el capitalismo puede ser capaz de fabricar una nueva vía, que será sin duda otro callejón sin salida, pero que tendremos que andar hasta el final si no nos sublevamos. Los cambios ideológicos que se avecinan --consecuencia de cambios sociales, económicos y políticos que están a punto de pasar-- van a dar mucho trabajo a los historiadores e ideólogos de las próximas décadas.”

Andrés Piqueras

Abril de 2008